

nían agua azucarada y las demás refrigerantes. Un canapé y algunas sillas de palo de perillas doradas y asientos de tule, pintadas de negro ó de amarillo, con adornos de frutas y pajarracos de colores con su polvito de oro falso, constituían el mueblaje de las barracas y como principales adornos en los rincones, columnas de yeso con estatuas ó jarrones de lo mismo, y en las paredes algunos cuadritos de madera de caoba con estampas del Periquillo ó de las batallas de Napoleón. Algunos puestos de chía se distinguían por unos cerrillos de arena mojada adornados con flores, sobre los que descansaban las rojas tinajas de Cuautitlán llenas de agua.

En cada esquina te encontrabas, querido lector, con dos ó tres puestos de los que te he pintado, y difícilmente podías hacerte el desentendido al llamamiento de una guapa *chiera*.



OTRO TIPO DE LA CHIERA.

ra que con su voz melosa te decía: *chía, orchata, limón, piña ó tamarindo, ¿qué toma usted, mi alma? Pase usted á refrescar.* Esa *chiera* no vestía como las de hoy, enaguas y blusa de percal, sino su vistoso zagalejo y su camisa escotada llena de randas, ni usaba peinado á la moda, sino entretejidos sus largos y negros cabellos con listones y recogidos sobre la frente ó bien, sueltas á la espalda sus hermosas trenzas. No era esto ciertamente lo común, más no escaseaba el género.

Al detenerte, amable lector, ante uno de esos puestos, no podía menos que embelesarte

el donaire con que la *chiera* servía sus aguas frescas. Unas jícaras de calabaza pintadas de rojo y adornadas con dibujos de pájaros y flores, conforme al arte indígena, y algunos vasos de cristal, eran los útiles de que se valía para desempeñar su oficio. Con una jícara tomaba de la olla el correspondiente dulce que convenía y lo depositaba en el fondo de un vaso y luego con otra jícara tomaba la horchata, por ejemplo, y la vertía desde muy alto y parabólicamente sobre aquél, y así sucesivamente levantando tan pronto el brazo derecho como el izquierdo, pasaba el líquido del vaso á la jícara y de ésta al vaso, hasta presentar éste rebosando y coronado de blanca espuma.



LA MANTILLA.

Antes de las nueve de la mañana los *pisaverdes*, ó sean los *lagartijos* de entonces, se instalaban en las entradas de los templos y en las aceras de enfrente para ver de cerca á las damas que acudían á los divinos oficios. Iban éstas, particularmente las jóvenes, con sus lujosos vestidos de terciopelo rojo, azul ó verde y mantilla de punto fino y hermosas blondas á la española, siendo á veces aquélla blanca, en tanto que las señoras mayores presentábanse de saya de *gró* y *moiré antique* y también con su rica mantilla de 600 y más pesos de valor.

Los *diurnos* ó *Padres del agua fría*, hoy gendarínes, muy peripuestos, pues tal día estrenaban uniformes, se instalaban desde temprano en las esquinas de las calles y en las puertas de los templos para cuidar del orden, pero antes, querido lector, habían dejado ya en las casas sus recetitas en versos ramplones, impresos en papel de color, con letras y adornos dorados, pidiendo la matraca, práctica igualmente seguida por los serenos.

Diéronles á esos guardianes del orden público el nombre con que eran conocidos unos padres que curaban las enfermedades por el sistema hidroterápico y se habían establecido en la casa número 11 de la calle de Ortega. El pueblo que de todo se burla, habíales compuesto versos que andaban en boca de las gentes, tales como los siguientes:

Los padres del agua fría  
Están haciendo primores;  
Médicos y cirujanos  
Se meterán de aguadores.

Ya mi suerte va á cambiar  
Voy á heredar á mi tía;  
Por que la van á curar  
Los padres del agua fría.

Muy arraigada era la costumbre de pedir los serenos *su matraca* el Jueves Santo, como igual gratificación solicitaban el día de Corpus y Noche Buena, con las denominaciones respectivamente de tarasca y aguinaldo.

He aquí los versos, mediante los cuales esponían su solicitud:

Después de tantos desvelos  
Y de tantos sinsabores,  
De lluvias á cual mejores  
Que echan sobre mí los cielos  
Y tantos riesgos y horrores;

Si de la matraca el día  
Cada veinte años viniera,  
Figuraos, señor, qué fuera  
De la triste vida mía  
Con tan semejante espera.

Por eso me gusta á mí,  
Que aunque mucho me desvelo,  
Cada año encuentro consuelo,  
Desde que á vos conocí  
Debía rendirle mi celo;

Mi matraca solo os pido,  
Y contento quedaré;  
Mis penas las sufriré,  
Y viviendo agradecido  
Constante os vigilaré.

A las diez de la mañana, hora en que se repicaba la gloria, cesaba por completo el tránsito por la ciudad de los carruajes y cabalgaduras; las campanas enmudecían y sólo atro-

naba el aire el ruido de las matracas y particularmente el de las escandalosas carretillas.

Muchos creen que la prohibición del movimiento de los carruajes y cabalgaduras por las calles reconoce por origen solamente una medida de policía, mas no hay tal cosa, pues el fin principal de tal providencia fué el de tributar un acto de respecto á las ceremonias que conmemoran la Pasión de Jesucristo. (\*)

(\*) Por curiosa dase en seguida la primera disposición que he encontrado relativa al asunto, en la época del Gobierno español, y es á la letra, la que sigue:

“Don Martín de Mayorga, Caballero del orden de Alcántara, Mariscal de Campo de los reales ejércitos de Su majestad, Virey Gobernador y Capitán general de esta Nueva España, Presidente de la Audiencia Real de ella, Superintendente general de Real Hacienda, Presidente de la Junta de Tabacos, Conservador de este ramo y subdelegado general del Establecimiento de correos Marítimos en el mismo Reyno, etc. etc.

Siendo el día Jueves santo uno de los de mayor atención y respeto, y en el que nuestra santa Madre Iglesia Católica Romana, con demostraciones de regocijo celebra la institución del divinísimo Señor Sacramento y después que concluye los divinos oficios, publica su silencio, en amoroso recuerdo del que observaron los Apóstoles, cuando recibieron su santísimo cuerpo la noche del día en que para el remedio del género humano se dignó sacramentarse y quedarse entre nosotros. Y debiendo nuestra obligación en seguir este ejemplo y no interrumpir ni quebrantar en manera alguna este silencio con el sonido y estruendo que hacen los Forlones y cabalgaduras, ni menos exponer este crecido fiel y católico Público á que en las opulentas y crecidas concurrencias que ofrecen las demostraciones públicas que en estos días se celebran experimenten sus individuos algún perjuicio: debiendo mi obligación extinguir, corregir y precabar cualesquier desórden que profane, corrompa y vulnere instituto tan sagrado como el que se venera en los días Jueves, Viernes Santo y Sábado de Gloria. Mando que ninguna persona sea de la dignidad, carácter, privilegio y condición que fuere, no anden en Forlón en las calles de esta corte, en los expresados días y lo conduzcan á su casa antes de que esta Santa Iglesia Catedral finalice los divinos oficios, y el Sábado de Gloria no lo ejecutará hasta que se hayan concluido los de este día, só pena de perdimento el Forlón y Cabalgaduras que se les encontraren, y só la misma pena ninguna persona pasará ni andará las calles á caballo, á excepción de aquellos que en las procesiones tuvieren sus oficios y motivo para andar en ellos. Y á este fin los Justicias de su Majestad, tendrán especial cuidado de que se verifique su cumplimiento pasándose á este efecto testimonio á la Real Sala del Crímen, y otro al caballero Corregidor y Alcaldes ordinarios. Y así mismo mando á los Guardas de las Garitas que guarnecen esta Capital no permitan que en semejantes dias entre



Los Oficios divinos en los templos de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, San Fernando, San Diego y en los de religiosas, se hacían con el decoro y grandeza que observaban la Catedral, la Profesa y Nuestra Señora de Loreto, templo convertido hoy en los talleres de la Escuela Correccional. A los oficios de la Catedral asistían el Presidente y sus ministros, los tribunales, autoridades y empleados, honrándose siempre al Primer Magistrado de la República poniéndole al cuello la llave-cilla de oro del Sagrario que guardaba el Sagrado Depósito del Santísimo Sacramento, como honrábase de la misma manera al Gobernador del Distrito con la llave del Sagrario de la Colegiata de Guadalupe.

La Iglesia de Loreto antigua de San Pedro y San Pablo, (\*) pertenecía al Colegio de San Gregorio. Las festividades religiosas celebradas en él, en la época del célebre Rector Don Juan Rodríguez Puebla, eran famosas, y particularmente las ceremonias del Jueves Santo, por el fausto desplegado en ellas y por el suntuoso monumento. Contribuían grandemente al lucimiento de esas ceremonias el oficiante, el Ilmo. Sr. Don Joaquín Fernández de Madrid, Obispo de Tenagra, y los colegiales que formaban unos la orquesta y coros, bajo la inteligente dirección del gran maestro Don José Antonio Gómez, y otros servían el altar lujosamente vestidos de túnica y vistoso roquete, acólitos que sabían llevar con elegancia los ciriales y manejaban con destreza y gracia los incensarios. Aunque la mayor parte de los colegiales desempeñaban por turno durante el año estas funciones, eran elegidos en el día clásico de que se trata los de mejor talante y los de igual estatura. Todos los co-

por ellas mulas y caballos hasta que se haya verificado el toque de las campanas al tiempo de las Glorias el sábado santo, bajo la pena de diez pesos que les impongo y haré se les saque irremisiblemente en caso de omisión, y para su observancia se pase así mismo testimonio al Superintendente de esta Real Aduana.—México, Marzo veinte de mil setecientos ochenta y dos.—(Firmado).—*Martin de Mayorga*.—(Firmado).—Por mandato de Su Excelencia,—*José de Gorraez*."

(\*) El actual templo de Loreto hallábase entonces abandonado, con sus puertas tapiadas é interiormente anegado.

legiales comulgaban ese día en su templo, en cumplimiento del precepto anual y no salían del colegio pero podían permanecer en la iglesia todo el tiempo que quisiesen, tras del cerco de madera formado al efecto.

Terminados los Oficios, los templos permanecían como hoy, abiertos, á fin de que los fieles acudieran durante el día á rendir sus actos de adoración al Dios Sacramentado. En el interior de cada templo infundían en el alma sentimientos de inefable dulzura, el ruido que producía el chisporroteo de la cera que ardía en el monumento, el aroma de la mirra y de las flores, el murmullo sordo de los que, en grupos, andaban de aquí para allí rezando el Via Crucis, los delicados acordes del piano y los seductores trinos de los pájaros que de las casas habían sido llevados en sus jaulas, para que también ellos, con su tierno lenguaje, dirigiesen á Dios sus alabanzas.

En la tarde, no sólo las visitas á los siete altares y la asistencia á la ceremonia del Mandato ó Lavatorio, hacían salir de sus casas á los vecinos de la buena ciudad de México, sino también la célebre procesión que á las tres salía de la Santísima, acto religioso que, por ser uno de tantos que han desaparecido de nuestras costumbres, procuraré describir con cuanta minuciosidad me sea posible.



EL JUDERO.

Como la expresada procesión era también una de las prácticas religiosas que más atraía la atención de todos los habitantes de la Ca-

pital, la Plaza Mayor y las calles de la carrera se hallaban invadidas por inmensa multitud que formaba una maza compacta, destacándose en ella los *juderos* que llevaban suspendidos en lo alto de largas varas de madera, racimos de grotescas figuras de cartón encohetadas, llamadas judas, que debían ser quemadas como aún se acostumbra, el Sábado de Gloria; los *mamoneros* que sostenían sobre sus cabezas, tablones de madera en que llevaban sus mercancías que anunciaban constantemente á



TIPOS DE SEMANA SANTA.  
MATRAQUERO - MAMONERO. - NAZARENO.

grito ronco y partido: á dos *rosquillas* y un *mamón*, y los *matraqueros* que llevaban clavadas en torno de un carrizo, en alto levantado, las matracas de diversas substancias fabricadas y de distintas formas y tamaños: unas eran de madera, presentando en sus remates objetos de mueblería, otras de hoja de lata cuyos dijes adheridos, consistían en espejitos, tinas con sus calentadoras, regaderas y otros objetos análogos; habíalas de marfil y hueso y también de plata y oro, aunque los vendedores de unas y otras no se apartaban del portal y de las calles de Plateros. Aquéllas ostentaban, como adornos principales, roperillos y armarios con diminutos objetos y utensilios de uso doméstico, guitarrillas y violines, macetillas con plantas y flores de seda y otros dijes curiosos, y éstas, preciosos objetos de filigrana, arte en el cual siempre han sido muy hábiles nuestros plateros. Otras matracas lucían preciosas figuras de cera: ya una hermosa bailarina con su vestido vaporoso á media pierna, ó la graciosa *china* con su vistoso traje tantas

veces descrito, ya el *charro* de calzonera y chaqueta de cuero con bordados de plata, indios expendedores de diversas mercancías, y, por último, hermosas frutas y flores, hechas á la perfección. El arte del cerero, tan decaído hoy, fué en aquellos tiempos de muchísima importancia.

Al confuso murmullo de la multitud mezclábanse los gritos de los vendedores, los diversos sonidos de las matracas desde el débil y metálico de las de plata y oro, hasta el atronador y molesto de los carretones y carretillas que arrastraban los muchachos, y el persistente ronquido de las *cantarranas*, todo lo que producía un original desconcierto, acompañado, de tiempo en tiempo, por los secos y pausados sonidos de la carraca de la Catedral.

En el atrio de ésta, mal pavimentado y desprovisto de plantas, aglomerábanse las gentes, unas para tomar asiento en las escalinatas en espera de la procesión, y otras rodeando á las expendedoras de espuma de cacao, las que con feccionaban su bebida en grandes vasos de barro, mezclando en el agua azúcar y cacao molido, y batiendo fuertemente la mistura con molinillos especiales de madera, transformaban el líquido en espuma, la cual servían en grandes jícaras de calabaza.

La procesión que salía de la Santísima, como he dicho, á las tres de la tarde, guardaba el orden siguiente:

1. Los trinitarios de túnica roja con escudo de metal y gola de tela blanca encañonada. De esta cofradía eran los que por delante de la procesión conducían una enorme cruz negra de forma ochavada con cantoneras é *Inri* de metal dorado y pendiente de los brazos la Sábana Santa, previamente encarrujada por las monjas de San Bernardo.
2. Sacerdote con sobrepelliz.
3. Imagen del Redentor cautivo, en hombros de individuos de varias sociedades.
4. *Ecce homo*, con su túnica de púrpura y capa blanca de seda bordada de oro, corona y caña de plata y sogá de oro.
5. San Dimas preso. Cubrían sus piernas un calzón de terciopelo y llevaba al cuello, sogá de seda encarnada con mezcla de oro.
6. El Señor de las tres caídas, con túnica de terciopelo morado bordada de oro. Llevaba á cuestras la Cruz que ayudaba á sostener Si-



món Cirineo, de calzón corto, chupa de terciopelo y gorra de lo mismo con pluma verde.

7. Cofrades del Señor de la Salud. La Cofradía fué fundada por cirujanos, farmacéuticos y flebotomianos por el año de 1625.

8. El Cristo de la Salud con Santa María Magdalena, abrazada del pie de la Cruz.

9. Camaristas del Misterio de la Santísima Trinidad. Eran doce señoras vestidas de saya y mantilla.

10. La Santísima Trinidad, representada por el Padre Eterno, que sostenía en sus brazos el cuerpo inanimado de Jesucristo, y llevaba en el pecho al Espíritu Santo, simbolizado por una paloma de oro. Esta imagen de la Trinidad iba en unas hermosas andas, bajo un rico palio de seda blanca con bordados y flecos de oro, sostenido por ocho varas de metal, fijas en las mismas andas.

11. San Pedro, imagen toda de talla con su aureola de plata dorada, y al pie del santo el gallo.

12. El Abad de Guadalupe, con una cruz de carey, precediendo á sacerdotes congregantes del Misterio.

13. Los demás miembros de esta congregación ó esclavos del Misterio y de San Homobono, sastres en su mayor parte, de pantalón blanco y chaqueta negra, escapulario y escudo de la Santísima en el pecho, del lado derecho. Iban incorporados los congregantes de San Sebastián y San Pedro.

La Archicofradía de la Santísima fué fundada en 1580. En un principio la formaron doce caballeros y guardianes, á los que se agregó el gremio de los sastres y su alcalde. Usaban túnicas rojas y escudos de metal con cruces triangulares en el pecho. Su estandarte tenía una cruz roja y azul en campo carmesí, y lo conducía el tesorero de la Archicofradía.

14. Música militar y una Compañía de tropa.

Además, cada santo iba precedido del estandarte correspondiente á la corporación de las invitadas para cargar las imágenes y seguido de un sacerdote con estola.

La procesión, así organizada, recorría la calle de la Santísima y 3.<sup>a</sup> de Vanegas, entraba en el templo de Jesús María, donde las monjas cantaban un himno, proseguía después por las calles de este nombre, y le salía al encuen-

tro la comunidad de la Merced, en la esquina llamada de la Papelería, donde el Provincial recibía de las manos del Abad de Guadalupe, la cruz de carey; continuaba en seguida con dirección al templo de la Merced, en el que entraba, quedándose fuera las imágenes de la Virgen y la Santísima Trinidad, por no poder pasar por las puertas, á causa de sus elevados palios. Puesta de nuevo la procesión en movimiento acompañabanla los padres mercedarios hasta la esquina del callejón de los Gallos, que desemboca en la calle de la Merced. Por este servicio, aquellos religiosos recibían de la Archicofradía de la Santísima, 50 pesos para la redención de cautivos. La procesión proseguía primero por la calle de Balvanera, entraba en el templo de este nombre por una puerta y salía por la otra, y luego seguía por los Bajos de Porta-Cœli, Flamencos y Palacio, donde se detenía para presentar de frente la imagen de la Santísima al Presidente de la República, que se hallaba en el balcón principal. En ese momento, á ejemplo del mismo Presidente, todos los que llenaban la espaciosa plaza se arrodillaban, y reinaba un profundo silencio. La misma escena se repetía ante el señor Arzobispo frente de su palacio. De aquí, la procesión tomaba la dirección del templo de donde había salido, por las calles de la Moneada, Santa Inés y Amor de Dios.

Poética, como siempre, era la noche del Jueves Santo. Bañada la ciudad por los vívidos fulgores de la luna llena, cuya luz argentada formaba un hermoso contraste con los rayos color de fuego que del interior de los Santuarios se desprendían por las ventanas de sus naves y elevadas cúpulas, presentaba un mágico efecto. Llenchidas de gente hallábanse las calles, á la vez que de ella rebosaban los templos que ostentaban sus espléndidos monumentos por millares de luces alumbrados. A los cafés y neverías también afluían sin cesar numerosas familias, y particularmente de forasteros, que hacían gran consumo de ricos mantecados, de los famosos napolitanos y de bizcochitos helados.

Aquel gentío, que en direcciones encontradas se movía en las calles principales de la ciudad, apartábase á trechos, para dejar la acera libre y ceder el paso á una comitiva que se acercaba. Dicha comitiva, que andaba visi-

tando las Siete Casas, era unas veces la del Presidente de la República, y otras la del señor Arzobispo. Formaban la primera: dos lacayos que llevaban grandes cirios encendidos y abrían la marcha, luego seguían los edecanes y algunos generales vestidos de gala, y á lo último Su Excelencia, de grande uniforme, y la segunda dos lacayos, igualmente con sus correspondientes cirios, familiares de roquete, algunos sacerdotes, y á lo último Su Señoría Ilustrísima, de sotana y capa moradas con ribetes verdes y sombreros de canoa, con cordón también verde, cuyas pequeñas borlas caían hacia atrás. Muchas veces, al encontrarse ambas comitivas, saludábanse con atención y respeto y continuaba cada cual adelante en su camino. Así fué como observé en la calle de San Francisco, y grabé en mi memoria, las lucidas comitivas del General Arista y del señor Arzobispo Garza en 1851 ó 1852.

La gente que se apiñaba en la entrada de los templos formaba una barrera que con dificultad podía traspasarse y no sin riesgo de dejar el reloj ú otra prenda en poder de algún ratero. Ya adentro herían nuestros oídos las voces del que demandaba *para los Santos lugares de Jerusalén* y del que pedía *para la redención de cautivos*, ó los impresionaba vivamente el chirriante sonido de las cadenas del *Señor del Aposentillo* que no era otro que una mala imagen de Jesucristo metida en una caja alta enrejada que llamaban cárcel, custodiada por dos feroces sayones, y la cual se levantaba en algún lugar recóndito del templo. Un muchacho, oculto, era el que se encargaba de golpear ó arrastrar en el pavimento una cadena gruesa de hierro para dar á la ficción mayor realce. En tales momentos salían, como hoy, á relucir esculturas de estrambótica ejecución: *Virgenes de la Soledad* con lagrimones de cristal, *Señores del Veneno* ó viles caricaturas de la divina figura de Jesucristo, y algún *Santo Entierro*, ó sea la figura del Salvador ya muerto, con la cabeza envuelta en trapos como la de un enfermo de hospital y cubierto el cuerpo con una colcha tejida de gancho. Con razón se ha dicho que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso. Las figuras de Jesucristo y de su excelsa Madre sólo deben ser representadas, para acercarse á los originales, resplandeciendo en ellas el más

puro ideal del arte, razón por la cual debieran reducirse á cenizas tantas caricaturas como existen, que no pueden infundir respeto ni veneración. Todos los monumentos, por su brillo, presentaban el mismo atractivo, distinguiéndose unos por la riqueza de sus adornos, y otros, como los de las monjas, por sus curiosos sembrados.

El monumento de la Catedral era todo de madera y llamaba la atención por sus dimensiones y por su buen gusto y proporciones arquitectónicas: hallábase formado de dos cuerpos sobre elevada meseta á la que se ascendía por amplias graderías; 16 columnas sostenían el cornisamento que correspondía al primer cuerpo, de forma circular semejando un templo en cuyo centro se levantaba el altar del Sagrario en que se depositaba la Sagrada Eucaristía; frente á las bases de las columnas se levantaban pedestales en los que se sostenían grandes estatuas de talla que representaban á los profetas, sacerdotes y reyes del antiguo Testamento; idéntico al primero, pero de menores dimensiones era el segundo cuerpo, que se hallaba cerrado por una hermosa bóveda calada que sostenía la estatua de la Fe. Este monumento, que producía un hermoso efecto, particularmente encendido, se armaba en la parte de la nave que corresponde á la puerta del Empedradillo. Hoy sólo se aprovechan para el monumento las estatuas.

En el grandioso templo de San Francisco el monumento era de perspectiva. Hermosos lienzos bien pintados y colocados en distintos planos verticales como las decoraciones llamadas de rompimiento en los teatros, cubrían en su totalidad la ábside del templo, figurando elevadas arcadas que descansaban sobre hermosos entablamentos sostenidos por 6 esbeltas columnas y altos muros en los que se veían practicados balcones con sus correspondientes balaustrados; en la parte superior del lienzo exterior, se hallaba pintada una alegoría de la Arca de la Alianza, y á los lados las figuras de la Justicia y la Templanza, y en el interior, sobre grupos de nubes, las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. Levantábanse al pie de las columnas y de los muros, diez pedestales que sostenían las estatuas de madera de los sacerdotes *Aarón* y *Melchisedech*; el *Rey David* con el arpa y el *Rey Salomón* con el libro de